

A veces prosa

La maga de “El Buscón”

Adolfo Castañón

A Katyna Henríquez Consalvi la conocí en México gracias a Alejandro Rossi, quien era muy amigo de Simón Alberto Consalvi. Curiosamente, primero conocí la ciudad de Mérida —la tierra de Mariano Picón Salas, adonde fui como en una peregrinación— y encontré de casualidad a tres misteriosos raros llamados Armando Rojas Guardia, Arnaldo Acosta Bello y Ramón Palomares. Antes de conocer a Katyna me encontré en Caracas con Rafael Cadenas, Guillermo Sucre, María Fernanda Palacios, Eugenio Montejo, José Balza y Rafael Arráiz, entonces director de Monte Ávila. Katyna fue enviada como representante de este sello a México y a mí me tocó ser su anfitrión editorial en México desde el puente transatlántico del Fondo de Cultura Económica. Alejandro me encargó que le presentara a algunos amigos. La introduje con Juan Villoro, Carmen Boullosa, Alejandro Aura, Francisco Hinojosa, Manuel Ulacia y Horácio Costa. Con esos contactos, ella urdió una red encantada para abrirle las puertas a las letras venezolanas en México, puertas entreabiertas antes, por cierto, por Picón Salas, Uslar Pietri, Juan Nuño, el propio Alejandro Rossi...

Siempre me ha llamado la atención la elegancia y eficacia, la diligente, tácita y sagaz amistad de Katyna. Un día me regaló un hermoso caleidoscopio que tengo en la recámara y que consulto casi a diario para conocer las otras horas. Cuando decidió ponerle casa a su entusiasmo por las letras a través de una librería que bautizó apropiadamente como El Buscón, la cosa no me llamó demasiado la atención, pero esa no-sorpresa inicial —yo siempre la vi como una Señora de las Letras y de las Artes— se fue transformando en asom-

bro año con año al ver cómo ese espacio acotado de una librería semioculta en un centro comercial, se transfiguraba en uno de los campos magnéticos de más alta intensidad literaria y poética, artística ya no sólo de la intrincada Caracas sino, diría, de Hispanoamérica. Toda la librería era como un gimnasio invisible disfrazado de tienda para vender chocolates. Aquel caleidoscopio iba cobrando cuerpo hacia afuera, como en otro calendario. De la misma manera que en El Buscón conviven ciertas novedades editoriales con selectos libros de segunda mano, de esa misma forma en su foro se compagina la danza de los rumbos literarios y políticos, se cocina a fuego lento —el de las brasas de la lectura y de la conversación— el oficio de la libertad y de la diversidad. No solamente eso; El Buscón se ha transformado en una suerte de emblema de lo que puede ser entre nosotros una librería, una pequeña librería y de la fuerza y resonancia que puede llegar a tener un espacio dedicado al cultivo amoroso de las letras y de las buenas maneras. Eugenio Montejo ayer y hoy Rafael Cadenas han animado ese

ámbito que también ha sabido acoger al mismo Alejandro Rossi, a Gustavo Guerrero y a Juan Villoro, al recién fallecido Hugo Gutiérrez Vega lo mismo que a los numerosos autores y creadores de lo que ya podría llamarse el nuevo arte de navegar de las letras hispanoamericanas desde otro calendario que cifro en los nombres de Violeta Rojo, Antonio López Ortega, Ednodio Quintero, Edda Armas, Helena Arellano, Patricia Guzmán, Sonia Chocrón, Alberto Barrera o Silda Cordoliani, entre muchos otros. Y es que desde El Buscón se dibujan en cierto modo como en un caleidoscopio las cartografías a la par secretas y utópicas de la nueva emancipación hispanoamericana. Heredera de *El Cojo Ilustrado*, revista cuya edición facsimilar poseo gracias a ella, es como si la gentil y discreta Correidora que es Katyna estuviese descifrando los cielos de esmalte de los arqueros fundadores, para evocar a su admirado Ramos Sucre. Gracias a la hija de don Rigoberto Henríquez, Katyna, la maga de El Buscón, las letras de Hispanoamérica pueden pisar tierra de gracia, tierra firme desde la isla de una pequeña librería. **U**



Katyna Henríquez Consalvi